

tas de sus lanzas, apoyándolas en el fondo del río para ganar la orilla; pero entonces se abrió el fondo de la embarcación y cada uno de ellos cayó sobre la punta de su propia lanza. De esta manera murieron todos atravesados por sus propios venablos, menos uno que quedó ileso y que les había reprendido y avisado. Si ahora alguien creyere que esto fué casualidad, que considere que entre tantos culpables solo se libró el único inocente. Cuando aquellos bárbaros habían perecido de la manera dicha, los monjes les sacaron con los efectos robados del convento, sepultaron los cadáveres y volvieron los efectos al monasterio.»

Bueno es recordar aquí que Clodoveo y sus sucesores enriquecieron iglesias, pero asesinaron ó hicieron lo posible para asesinar á sus parientes mas próximos; pecados mucho mayores humana y cristianamente considerados que las atrocidades cometidas contra conventos é iglesias, atrocidades muy comunes, segun el derecho de guerra de aquella época. Pero antes que la moral humana y que la verdadera moral cristiana era para el honrado obispo Gregorio la eclesiástica; y por esto el saqueo de un convento, en el cual se conservan algunos huesos de San Martin, por guerreros bárbaros, le parecía un crimen que pedía á Dios venganza, mucho mas que el asesinato infuente de los sobrinitos por sus propios tíos, que enriquecían los conventos, y mucho mas que la quema de Gram con sus inocentes mujeres por el piadoso Chilperico I. Esta moral eclesiástica, destructora de la moral cristiana y humana, es tanto mas característica para la época cuanto que sale de la pluma de un varon tan honrado y excelente como el obispo de Tours. San Gregorio en su obcecacion eclesiástica miró como recompensa divina las ventajas que obtuvo Clodoveo con sus falacias y asesinatos infames, solo porque era fervoroso católico, mientras que consideró como castigo de Dios las atroces calamidades de la guerra que sufrieron los habitantes inocentes porque los soldados bárbaros saqueaban las iglesias y no hacían caso de las reliquias, crímenes peores para la moral eclesiástica que las horribles iniquidades de Clodoveo, Chilperico y Clotario. Mientras prevalecieron estas ideas sobre el gobierno del mundo, jamás pudieron prosperar la justicia, el Estado ni la moral humana y social cuando estuvieron en conflicto con la Iglesia.

Sigamos ahora la narracion de San Gregorio:

«Entretanto, el rey Sigeberto llamó á las armas á sus pueblos del otro lado del Rhin para marchar contra su hermano Chilperico, el cual, al saberlo, envió mensajeros al otro hermano Gontran y ambos se prometieron sostenerse mutuamente. Cuando Sigeberto llegó con aquellos pueblos en frente de la hueste de Chilperico, no sabía cómo pasar el Sena (1) para atacarla. Entonces envió recado á Gontran, diciéndole: «Si no me dejas pasar el río en la parte de tu territorio, caeré sobre tí con todo mi ejército.» Gontran se espantó (porque era inconsecuente y débil, pero no tenía ni sombra de la perversidad de Chilperico); se alió con Sigeberto y le dejó pasar. Al conocer Chilperico que Gontran había abandonado su causa y se había pasado á Sigeberto, levantó su campamento y se retiró hasta Avallocium (2), aldea en el territorio de Chartres; Sigeberto le siguió y le envió á decir que designara el campo de batalla (costumbre antigua de los guerreros germánicos); pero el otro, temiendo que si en la batalla ambos ejércitos se destruyesen podría el reino franco derumbarse, solicitó la paz.»

(1) Antes se creyó que debía de ser el Saona; pero Guadet y Taranne han probado, por medio de otros pasajes de Gregorio de Tours en *Glor. Martyr.*, 72, y *De miraculis S. Martini*, que el suceso ocurrió á orillas del Sena.

(2) Hoy Alluye, segun Ruinart.

No es probable que Chilperico tuviese semejante pensamiento elevado; es mas verosímil que tuviese miedo á los guerreros del otro lado del Rhin que llevaba su hermano, porque de otro modo no le habria hecho asesinar poco despues, atendido que con esto quitaba una columna del reino franco. La guerra, sin embargo, continuó, y los contemporáneos supusieron que la reina Brunequilla instaba á su esposo para vengar á su hermana. En una carta que todavía se conserva, escrita por San German, obispo de Paris, á la reina, se esfuerza el obispo en apartar el peligro; Radegunda también intervino á favor de la paz, y Chilperico restituyó las ciudades que había conquistado, por orden suya, su hijo Teudeberto y hasta suplicó á Sigeberto, lo cual no era de ninguna manera conforme con su carácter y modo de proceder, que en todo caso no castigara á los habitantes, pues que él les había obligado á sangre y fuego á someterse.

«Las aldeas inmediatas á Paris, — sigue diciendo San Gregorio, — fueron incendiadas despues de saqueadas y los vencedores se llevaron prisioneros á sus habitantes. El rey Sigeberto suplicó á sus guerreros que no hicieran tanto daño, pero no pudo enfrenar la ferocidad de los pueblos que había llevado del otro lado del Rhin y tuvo que dejarles hacer hasta que pudo regresar á su país. Muchos de aquellos bárbaros le reconvinieron por haber evitado la batalla decisiva; pero él, intrépido como era, montó á caballo y los calmó con buenas palabras, sin perjuicio de hacer lapidar despues á muchos de ellos.»

La pena de muerte por lapidacion no se encuentra en los pueblos germánicos mas que entre los francos y los que habitaban la Suecia y la Noruega. Por lo demás, tenemos aquí, en el año 574 ó 575, un caso semejante al que ocurrió cuando el reparto del botín y del jarron de Soissons en el año 486, en que vimos que cada guerrero germánico era tanto como el rey, cuya autoridad duraba solamente lo que la expedicion, y concluida ésta y repartido el botín podía el jefe vengarse de los discólos é impertinentes, pero no castigarlos.

Hecha la paz entre los dos hermanos, dice el obispo de Tours: «Para que nadie pudiese dudar que esto (la paz sin batalla campal) se había efectuado por la intervencion milagrosa de San Martin, tres paralíticos recobraron aquel mismo día, en la basílica del santo, el uso de sus miembros.» Es decir que, en aquel tiempo, toda coincidencia casual servía como milagro, el cual no perdía mérito aunque como entonces la paz maravillosa no llegara á durar un año, porque á renglon seguido dice aquel historiador ingénuo, pero sinceramente conmovido: «El dolor traspasa mi corazón al tener que seguir hablando de esta guerra civil; porque un año despues, Chilperico envió otra vez una embajada á su hermano Gontran, diciendo: «Que venga mi hermano, á fin de que nos veamos y nos reconciliemos y persigamos á nuestro enemigo Sigeberto.» Despues de haberse visto y haberse hecho ricos regalos, Chilperico llamó á su gente á las armas y avanzó hasta Reims, incendiando y asolándolo todo. Sigeberto volvió á llamar también á sus pueblos del otro lado del Rhin (tan temidos de los francos de la Neustria y que eran refractarios á todas las tentativas de Chilperico para sobornarlos) y marchó con su hueste sobre Paris. Al mismo tiempo mandó á los habitantes de Dun (hoy Chateaudun) y de Tours que marcharan contra Teudeberto (que probablemente mandaba una parte de las fuerzas de su padre y operaba independientemente de él); pero como tardaron á hacerlo les envió los jefes Godigiselo y Gontran (que despues fué llamado Gontran Boso) para acaudillarlos. Estos jefes reunieron la hueste y marcharon contra Teudeberto, que abandonado de casi todos los suyos se adelantó impávido á su encuentro con los pocos que quedaron con él. Teudeberto

fué vencido y murió; los enemigos, triste es decirlo, despojaron su cadáver, pero fué recogido y lavado por un tal Arnulfo, y luego, vestido decentemente segun su clase, fué sepultado en la ciudad de Angulema. Chilperico, cuando supo que Gontran se había reconciliado otra vez con Sigeberto, se retiró con su esposa é hijos á Tournay, donde se fortificó.

»En aquel año se volvió á ver un gran resplandor en el cielo como se había visto poco antes de la muerte de Clotario (lo cual probablemente se interpretó esta vez por un presagio de la próxima muerte de Sigeberto). Sigeberto, entretanto, fué tomando ciudades hasta Paris, avanzó hasta Ruan y quiso entregarlas todas á los «enemigos» (es decir, á los germanos del otro lado del Rhin que formaban su hueste), pero los suyos (sus guerreros francos) le impidieron hacerlo, porque los germanos de la orilla derecha del Rhin eran gentiles en su mayor parte. Entonces regresó á Paris, donde se reunió á él Brunequilla con sus hijos. Al poco tiempo recibió una embajada de los francos que habían tenido á Chilperico I por caudillo, invitándole á que pasase á su país.» Estos francos, en virtud de su independencia individual y de su derecho de elegir por jefe á quien mejor les pareciera, querían nombrar á Sigeberto en lugar de Chilperico, pero la mujer de éste, Fredegunda, sospechando el peligro, trabajaba ya para evitarlo.

«Sigeberto envió entonces fuerzas contra su hermano en Tournay, con intencion de pasar también allí y sitiar á Chilperico; pero el santo obispo German de Paris le dijo: «Si te vas y no tratas de matar á tu hermano, regresarás victorioso y vivo; pero si sales de Paris con otras intenciones, perecerás, porque el Señor dijo por boca de Salomon: «El que cavare una fosa para su hermano, caerá dentro de ella.» Sigeberto no hizo caso, por nuestros pecados, de este aviso, y cuando llegó á la hacienda llamada Vitry (1), donde se reunió toda la hueste (es decir, los francos de aquellos territorios que querían elegir por caudillo á Sigeberto en lugar de Chilperico), fué levantado sobre el pavés y elegido rey; pero entonces se le acercaron dos criados, sobornados por Fredegunda con malas artes, como para comunicarle algo, y le hundieron cada uno en un costado un fuerte cuchillo envenenado llamado *seramasax*. Sigeberto dió un grito, cayó y pronto dejó de existir (en el año 576).

»Allí murió también Carigiselo, su camarero; y Sigila, que había llegado de la Gotia (el país de los visigodos), quedó cubierto de heridas y luego cayó en poder de Chilperico, el cual mandó quemarle con hierros candentes todas las coyunturas y arrancar un miembro tras otro hasta que murió. Carigiselo era persona liviana é interesada, que pensaba sólo en su interés. De humildísima condicion, se hizo grande al lado del rey con sus adulaciones. Para apropiarse bienes ajenos falsificó testamentos, y acabó de la manera dicha, sin que Dios le permitiera cumplir su última voluntad, ya que tantas veces había inutilizado la última voluntad de otros.

»Entretanto Chilperico estaba muy angustiado, sin saber si escaparía del peligro ó si sucumbiría, porque entonces eran muchos los francos que habían abandonado la causa del mal rey, y los de sus dominios hereditarios se habían pasado á Sigeberto, que le estaba sitiando en Tournay.»

Que la situacion de Chilperico era desesperada, resulta también de un pasaje de su panegirista Venancio Fortunato, sobre todo despues de haber sucumbido su hijo, que había mandado su ejército mejor, ó quizás único, porque la historia no menciona ningun otro.

Entonces Fredegunda dió á luz un hijo, y viéndose en tan grave peligro y con la muerte segura delante, se separó del

(1) Entre Douay y Arras á orillas del Scarpe, segun Miracus y Ruinart.

niño y quiso que le mataran; pero Chilperico, algo mas humano que su mujer, la reprendió é impidió que consumara aquel acto criminal de desesperacion. El niño recibió el nombre de Sanson, y probablemente fué bautizado por el obispo Crasmaro, que lo era de Tournay y de Noyon ó Vermandois. En tan terrible situacion, llegaron mensajeros que enteraron á Chilperico de la muerte de su hermano; y entonces salió de la ciudad con su mujer é hijos en busca del cadáver de Sigeberto, y le hizo vestir y sepultar en la aldea de Lambres (2), de donde despues fué trasladado el cadáver á Soissons y sepultado al lado de su padre Clotario en la iglesia de San Medardo, que él mismo había hecho construir. Murió á la edad de 40 años y en el décimocuarto de su reinado, pues que Clotario murió en el año 561.

Estos sucesos y el juicio que sobre ellos hacen los escritores, y en general el pueblo contemporáneo, dan lugar á consideraciones curiosísimas.

Ya no nos sorprende que Venancio Fortunato, «el cantor piadoso,» cuyo silencio respecto del asesinato de Galsuinta hemos hecho resaltar, no manifieste esta vez sino regocijo despues de los sucesos últimamente referidos, y no encuentre bastantes palabras para ensalzar (3) á su amo y á su esposa la reina Fredegunda, mujer disoluta y sanguinaria de la cual dice: «Enaltece al país con su conducta y lo gobierna con su esposo, previsora en sus consejos, atenta al porvenir, enérgica, discreta, de inteligencia poderosa, útil á la corte, dádiosa, adornada de todas las cualidades mas bellas, cuya faz irradia la dicha; te ayuda Fredegunda (oh Chilperico) á llevar la carga demasiado pesada del reino; te hace prosperar con su talento y bondad, y con su cooperacion florece la honra de tu casa.» El citado autor, que posteriormente fué obispo de Poitiers, escribió estas frases inmediatamente despues del asesinato de Sigeberto, en el poema en que celebra la salvacion de los reyes sitiados, si bien debía saber forzosamente que el asesinato había sido dispuesto por Fredegunda. Lo mas curioso es que Fortunato era persona sinceramente devota y creyente, que nada tenía de hipócrita, y que con toda buena fe atribuye la salvacion de sus malvados soberanos á la intervencion de Dios, de donde podría deducirse que, en su concepto, Dios había inspirado y protegido el fratricidio.

Gregorio de Tours, en cambio, confiesa francamente que la reina Fredegunda fué la verdadera autora del asesinato, pero dice que, «para castigo de nuestros pecados,» pereció el rey Sigeberto porque no había hecho caso del aviso profético del obispo Germano, único crimen de que podía acusarse en aquel momento, pues aun no había tenido ocasion de atentar á la vida de su hermano, su encarnizado enemigo. La profecía del obispo de Paris debía cumplirse á todo trance, y para mayor injusticia murieron con el rey dos de sus servidores, uno de los cuales había falsificado testamentos y por tanto debía morir sin testar por disposicion divina, segun el obispo de Tours.

Esta teoría monstruosa era consecuencia de la filosofía de la historia enseñada por San Agustin, la cual ha dominado en toda la Edad media y extraviado el raciocinio y la filosofía del derecho.

CAPITULO VI

DESDE LA MUERTE DEL REY SIGEBERTO HASTA LA DEL REY CHILPERICO, Ó SEA DESDE EL AÑO 576 HASTA 584

Sigeberto fué, indudablemente, el mejor y el mas capaz de los tres hermanos. No tenía la sensualidad bestial ni la fero-

(2) Entre Cambay y Arras á orillas del Scarpe. — Ruinart.

(3) En su *Carminum*, IX, 1 hasta 5.

ciudad sanguinaria de su raza y familia; rechazó á los avaros y á los daneses, enviando contra estos últimos al jefe Lupo; redujo á la obediencia á las tribus turingias; escarmentó también á los sajones y acaso sometió á las tribus mas inmediatas al Rin. Gregorio de Tours (ix, 20) habla de conquistas en Italia sin especificarlas, siendo de consiguiente probable que se redujeran á escarmentos eficaces de las hordas longobardas. Las conquistas efímeras de los francos en el país de Trento, que menciona Pablo Diácono (iii, 9), se refieren probablemente á una época posterior. En las guerras con sus hermanos fué Sigeberto, el vengador de Galsuinta, siempre el atacado, excepto en alguna contienda, quizás cerca de Arles, de las que tuvo con Gontran. Podrá censurársele el haber cedido demasiado á las instancias odiosas de su mujer Brunequilda contra los hermanos del rey, asesinos de su hermana Galsuinta; pero en frente de un malvado como Chilperico y de un versátil como Gontran, no podía exigirse á Sigeberto una paciencia y mansedumbre que los bárbaros no conocen y mucho menos cuando disponen de fuerzas.

La prematura y terrible muerte de Sigeberto puso el reino franco al borde de su ruina y facilitó la formación de una nobleza insolente y amenazadora, con grandísimo daño del Estado.

Cuando Sigeberto cayó bajo los puñales de los asesinos en el caserío de Vitry, estaba su esposa Brunequilda con sus hijos en su corte de París; y al saber la desgracia, quedó tan consternada y embargada por el dolor que no pudo tomar resolución alguna. Entonces el jefe Gundobaldo, viendo inminente la ruina completa de la familia real, se apoderó del pequeño Childeberto y le hizo llevar secretamente á Metz, lugar seguro para salvarle así de la muerte que le amenazaba por parte de su tío; despues reunió en la misma ciudad de Metz á los hombres de los pueblos sometidos al difunto rey é hizo que le proclamasen sucesor suyo, no obstante haber cumplido apenas cinco años (1).

Con este acto de resolución y energía los hombres principales del reino aumentaron su influencia durante la larga minoría de Childeberto, poniendo á su madre Brunequilda en la necesidad de salir despues á la defensa de los derechos soberanos de su hijo; conducta que la distingue muy ventajosamente de su cuñada y enemiga Fredegunda, la cual nunca obedeció á mas impulsos que á los de su deseo amoroso, de sus odios y de sus venganzas.

La resolución de Gundobaldo no tuvo por objeto perjudicar á Brunequilda sino únicamente salvar la vida de su hijo, cuya muerte habia decidido ya Chilperico, segun se desprende de la relacion de Gregorio de Tours; y era evidente que su madre no podia protegerle ya contra su tío, como luego se vió. Oigamos á Gregorio:

«En el primer año del reinado de Childeberto (en 576) llegó su tío Chilperico á París é hizo conducir á Brunequilda á Ruan y á sus hijas á Meaux, donde las tuvo prisioneras, quedándose con todos los tesoros que Brunequilda habia hecho conducir á París.»

Es muy singular que no las matara.

«Entonces llegó á Tours el jefe Rocoleno con su banda del Mans, entró la ciudad á saco y cometió muchas atrocidades; pero por virtud milagrosa de San Martin recibió despues el castigo de sus muchas maldades y murió.

»Chilperico envió á su hijo Meroveo con una hueste con-

(1) Fredigaro dice (VII, 72) que el pequeño Childeberto fué metido en una alforja y pasado así por una ventana, donde le recibió un criado que le llevó solo á Metz, donde fué proclamado rey por Gundobaldo y los francos de la Austrasia. La ceremonia tuvo efecto con la solemnidad debida en la fiesta de Navidad del año 575, dice Bouquet (tomo II, página 233).

tra Poitiers; pero Meroveo, eludiendo las órdenes de su padre, marchó á Tours donde pasó la Pascua de Resurrección, mientras sus guerreros asolaban las inmediaciones. Desde allí, fingiendo que iba á ver á su madre Audovera, relegada por Chilperico á un convento del Mans (segun Aimoino, III, 15) (2), se dirigió á Ruan, donde se vió con Brunequilda y se casó con ella.»

El obispo de Tours no nos dice cómo sucedió esto. El acto fué atrevido por ambas partes y produjo un conflicto entre el hijo y el padre, conflicto que Brunequilda aprovechó mas adelante para vengarse de Chilperico. Pretextado, el obispo de Ruan, que los casó, se atrajo con esto, como veremos mas adelante, el odio del rey y mucho mas el de la reina Fredegunda.

«Cuando supo Chilperico que su hijo Meroveo se habia casado, contra la ley de la Iglesia, con la viuda de su tío, se puso furioso y marchó á toda prisa á Ruan. (Por supuesto, no por haber su hijo faltado al mandamiento de la Iglesia, lo cual solo para el autor Gregorio era la falta principal).

»Cuando los recién casados supieron que el rey llegaba para separarlos se refugiaron en la basílica de San Martin, que, construida de tablas, estaba situada sobre la muralla de la ciudad. El rey empleó varias astucias para hacerles salir del asilo sagrado, pero no se fiaron de él. Entonces les juró el rey que «si esta union era la voluntad de Dios» no los divorciaría, y hecho el juramento salieron los dos de la basílica. Chilperico les besó y comió con ellos. A los pocos dias partió para regresar á Soissons, llevándose consigo á su hijo Meroveo; pero mientras habia estado en Ruan, una partida de hombres de la Champaña se habia apoderado de Soissons y arrojado de ella á la reina Fredegunda y á su hijo Clodoveo. Chilperico reunió su ejército y envió á decir á aquellos enemigos que no hiciesen resistencia porque redundaría en perjuicio de ambas partes; pero no hicieron caso los contrarios y se prepararon á la lucha. En ésta venció Chilperico, matando á muchos hombres esforzados; los demás huyeron, y el rey entró en la ciudad. Entonces sospechó de su hijo como causante de la toma de Soissons por aquellos hombres durante su estancia en Ruan; le quitó las armas y le tuvo preso mientras pensaba lo que haria con él. El jefe de la partida que se habia apoderado de Soissons era Godino, que habia sido partidario de Sigeberto y se habia pasado á Chilperico, el cual le habia hecho muchos donativos. Este hombre fué el primero que en la batalla mencionada echó á huir, y el rey confiscó las haciendas que le habia regalado en el país de Soissons y las dió á la basílica de San Medardo. Al cabo de poco tiempo murió Godino repentinamente y su viuda se casó con Rocoleno.

»Este Rocoleno era un hombre henchido de vanidad, descarado é insolente; trataba á los suyos con una inhumanidad y ferocidad sin ejemplo y cometió innumerables maldades. Cuando le antojaba hacia apagar la antorcha que algun criado tenia delante de él en sus festines, apretándola contra la canilla de la pierna del infeliz, y cuando se apagaba la volvía á encender y repetir el tormento en la otra canilla hasta que ambas quedaban carbonizadas. Si la víctima gritaba ó trataba de huir la amenazaba con la espada desnuda, y si el infeliz lloraba, Rocoleno, fuera de sí, daba gritos de alegría. Refiérese tambien de él lo siguiente: «Un hombre y una jóven de su servidumbre se habian enamorado, como tan frecuentemente sucede, y al cabo de dos años ó mas se casaron y se refugiaron en una iglesia (3). Rocoleno fué á ver al cura de

(2) Escribió en 1005: *De gestis Francorum*. Publicado por Bouquet en su obra en 1783, París. Dahn lo copia de Giesebrecht y éste de Ruinar, etc.

(3) Porque siendo siervos no podían unirse sin permiso de su señor.

la poblacion y pidió que le entregara inmediatamente á los dos siervos que se habian acogido al sagrado, prometiendo que no les castigaria. Contestóle el sacerdote: «No ignoras el respeto que se debe á los templos del Señor, y de consiguiente solo te pueden ser restituidos tus siervos si te comprometes solemnemente á respetar su union y á no imponerles ningun castigo corporal.» Rocoleno, despues de haber permanecido largo rato pensativo y silencioso, se volvió hácia el sacerdote, puso las manos sobre el altar y juró: «Sí, jamás serán separados por mí; muy al contrario, yo haré que queden siempre unidos; porque si bien me ha disgustado que se efectuara esta union sin consultarme y sin mi consentimiento, me alegro, por lo menos, de que mi siervo no haya tomado por esposa una sierva de otro amo, ni mi sierva por esposo á un siervo de otro.» El sacerdote, hombre sencillo, creyó en la promesa del malvado y le entregó la pareja en la conviccion de que no serian castigados. Rocoleno le dió las gracias y regresó á su casa, donde en seguida hizo cortar un árbol, despojarle de las ramas, serrar el tronco longitudinalmente y sacar la médula de cada mitad; despues mandó cavar una fosa de tres á cuatro piés de profundidad y meter en ella una mitad del tronco con la jóven dentro, como si estuviese muerta, y encima de ella al mozo, cubrir á ambos con el otro medio tronco y llenar de nuevo la hoya de tierra, diciendo: «No he faltado á mi juramento de no separar estos dos en toda la eternidad.» Cuando se llevó esta noticia al sacerdote acudió presuroso, increpó al franco y á duras penas consiguió que las dos víctimas fuesen desenterradas. El hombre fué sacado todavia vivo, pero la jóven se habia asfixiado. Tales eran las obras de aquel malvado, que para nada mas era bueno. Por esto encontró tambien el fin que habia merecido.»

Ya hemos visto en otra parte de esta obra que no solamente eran los rudos francos los culpables de atrocidades tan increíbles, sino que tambien las cometian romanos distinguidos y hasta obispos.

«Siggo, canceller y guarda-sellos que habia sido de Sigeberto, habia sido confirmado en este empleo por el rey Chilperico; pero pasó al servicio de Childeberto, el hijo de Sigeberto, perdiendo así las posesiones que habia recibido en la comarca de Soissons, que fueron dadas por el rey Chilperico á Ansoaldo. Otros muchos que se habian pasado á Chilperico á la muerte de Sigeberto, dejaron su servicio.

»En aquel tiempo Rocoleno, enviado por Chilperico, se presentó en Tours con mucha arrogancia. Estableció su campamento al otro lado del Loira y nos intimó (1) por medio de mensajeros que entregásemos á Gontran (por otro nombre Boso), que era perseguido por la muerte de Teudeberto y que se habia acogido al asilo sagrado de la santa basílica; añadiendo que de otra manera pegaria fuego á la

Este era el derecho civil, pero la Iglesia los casaba si la union estaba dentro de sus mandamientos. La Iglesia durante largos siglos, y en muchos países hasta principios de este siglo, no pudo conciliar el derecho feudal con los principios de la religion cristiana. En el reino visigodo, cristiano como era, el señor podia separar durante el primer año de matrimonio á los esposos siervos que se habian casado con su consentimiento.

(1) Por modestia no ha mencionado Gregorio hasta aquí en su *Historia de los Francos* su elevacion á la silla episcopal de Tours, que tuvo efecto en el año 573 por recomendacion de su maestro Avito, desde el año 571 obispo de Clermont, y de Radequinda. Entonces era Gregorio ya amigo de Venancio Fortunato. Sigeberto, Brunequilda y su hijo Childeberto II eran sus soberanos legítimos, á los cuales dedicó tambien su afecto. Chilperico, por otra parte, no lo merecia ni por su comportamiento para con Gregorio ni por el que observó con las iglesias en general. Tomó á Tours por segunda vez en el primer año del obispado de Gregorio, por medio de su hijo Teudeberto. En el año 574 Sigeberto recobró la ciudad, pero poco despues se apoderó de ella Chilperico por tercera vez y la conservó hasta su muerte, en 584.

ciudad y á las inmediaciones. Le enviamos una embajada para decirle que lo que pedia jamás se habia hecho, ni podíamos tampoco permitir entonces que se profanase la santa basílica; que si á tanto se llegara, esta profanacion no daria suerte al rey que tales órdenes enviase; y por último, que debia mostrar mas respeto á la santidad del obispo (Martin) cuya virtud milagrosa habia curado el dia anterior á una mujer paralítica. Rocoleno no hizo caso alguno de estas advertencias, y habiéndose alojado en una casa de la iglesia, mandó desmontarla, porque estaba hecha simplemente de tablas, y los clavos, que eran muchos, pues se llenaron con ellos varios sacos (2), se los llevaron los del Mans. Estos hombres, que habian llegado con Rocoleno, destrozaron los campos y cuanto pudieron. Dios castigó á Rocoleno por ello, y le envió la ictericia, que le volvió amarillo como azafran; pero á pesar de esto, repitió sus órdenes bárbaras, enviándonos á decir: «Si no echais hoy á Gontran de la basílica, arrasará todo cuanto hay cultivado y verde alrededor de la ciudad, de modo que haya que volver á arar.» Entretanto habia llegado el sagrado dia de la Epifanía, y el mal de Rocoleno aumentaba. Entonces cedió á los consejos de los suyos, pasó el río y entró en la ciudad, donde encontró la procesion que cantando sálmos pasaba de la iglesia principal á la basílica de San Martin. Rocoleno, á caballo, se unió á la procesion, siguiendo detrás de la cruz y haciendo llevar delante de él sus estandartes. Apenas hubo entrado en el templo de San Martin, se aplacó su ira, y cuando hubo salido de la iglesia principal, no pudo ya tomar ningun alimento. Sin fuerzas, pasó á Poitiers, entrada la cuaresma, en cuya época santa comió con frecuencia gazapos tiernos; pero habiendo ya dispuesto todo para castigar duramente en 1.º de marzo á los habitantes de la ciudad (probablemente con impuestos, que segun la costumbre antigua romana se fijaban en aquella fecha, seis meses antes del ejercicio correspondiente, que empezaba el 1.º de setiembre), expiró el dia antes, con lo cual acabaron su vanidad y su hinchada arrogancia.»

En lo que precede debemos admirar la dignidad cristiana y episcopal con que Gregorio defendió el derecho de asilo de la Iglesia contra el germano bárbaro y feroz, armado de fuerza material superior, espectáculo que encontramos con frecuencia en esta época; pero tambien se trasluce la satisfaccion no muy cristiana del devoto por el castigo que Dios envió al brutal enemigo que no queria respetar los fueros ni los mandamientos de la Iglesia.

Véase ahora un cuadro que nos presenta el obispo de Tours de la vida íntima eclesiástica y de la relacion de la Iglesia con el poder civil y con la sociedad en general, todos tan íntimamente enlazados que Gregorio con razon dió á su obra el título de: *Historia eclesiástica de los Francos*. ¡Ojalá tuviésemos obras análogas relativas á los demás estados ó reinos de aquella época!

Era entonces uno de los enemigos de Gregorio el obispo de Nantes, Félix, que segun Ruinar firmó las actas del segundo concilio de Tours en el año 567 y del cuarto de París en 573 y administró su obispado desde el año 549 hasta 582. Era Félix de familia distinguida; habia recibido una excelente educacion literaria, é hizo mucho por la ciudad de Nantes, que hoy le venera como su santo patron. Venancio Fortunato, que fué amigo de él y de Gregorio, ensalza su erudicion, mientras este último, incapaz de mentir ni de calumniar á sabiendas, pero de carácter sencillo, habla de él del modo siguiente:

«Entonces el obispo Félix me dirigió una epístola llena de

(2) Todo objeto de hierro tenia en aquel tiempo todavia mucho precio, como todo producto industrial.

reconvenciones, entre las cuales decía también que mi hermano había sido muerto, porque ambicionando la silla episcopal había quitado la vida al que la ocupaba. Esto escribía Félix porque codiciaba una hacienda de mi iglesia, y como no se la quise ceder, vomitó contra mí muchas injurias; pero un día le contesté: «Acuérdate de lo que dice el profeta: «¡Ay de aquellos que toman una casa tras otra, y juntan un campo al otro, hasta que ya no queda sitio para los demás y quieren vivir solos en la tierra (1)!» ¡Lástima que no seas obispo de Marsella! Entonces los buques no te traerian nunca aceite ni especias sino solamente papel (2) para que pudieses deshonrar á los demás con tus escritos; pues ahora la falta de papel pone un límite á tu verbosidad.» Este hombre era codicioso hasta un grado inconcebible á la vez que arrogante y fanfarron. No diré mas para no parecer otro tal; expondré cómo mi hermano pereció y cuán pronto vengó el Señor su muerte en la persona de su asesino.

»Cuando Tétrico, el santo obispo de Langres (3), muy viejo ya, destituyó al diácono Lampadio, su administrador, dió mi hermano su aprobacion á tan humillante salida del diácono, á fin de librar de él á los desgraciados á quienes esquilmbaba, y desde entonces el destituido conservó gran odio á mi hermano. Poco despues tuvo el obispo un ataque de apoplejía á consecuencia de una hemorragia, y como las recetas de los médicos no mejoraron su estado, el clero consternado, que ya se veía sin pastor, solicitó el nombramiento de Moderico (4). El rey accedió y Moderico fué tonsurado y ordenado obispo, con la condicion de funcionar, mientras Tétrico viviera, en calidad de arcipreste y administrador del castillo de Tonerre. Allí excitó contra sí la ira del rey, al cual habian dicho que Moderico habia facilitado víveres y otros recursos al rey Sigeberto cuando éste guerreó contra su hermano Gontran. Fué, pues, sacado del castillo y encerrado en una torre estrecha y sin tejado á orillas del Ródano, en la cual pasó casi dos años padeciendo terriblemente. El santo obispo Nicecio consiguió su regreso á Lyon, donde le tuvo dos meses en su casa, pero sin poder lograr del rey su reinstalacion en su posicion anterior. Entonces evadióse una noche y se pasó á Sigeberto, que le nombró obispo de Arisito, obispado compuesto de mas de quince parroquias que habian pertenecido á los godos, pero que entonces reclamó el obispo Dalmacio de Rodez (5).

»Alejado Moderico de Langres, el clero de esta poblacion pidió por sustituto de su obispo á excitacion de mi hermano al obispo Silvestre, pariente nuestro y de San Tétrico; y habiendo pasado entretanto este último á mejor vida, fué tonsurado, ordenado sacerdote y se le dió la direccion de todos los bienes de la iglesia. Estaba preparándose para el viaje á Lyon, donde habia de recibir la consagracion, cuando tuvo un ataque epiléptico muy fuerte, porque hacia mucho tiempo que padecia de esta enfermedad, quedando dos dias sin sentido, y al tercer dia dió un gran quejido y expiró. Entonces Lampadio, que habia perdido su empleo y las rentas á él anexas, se unió con el hijo de Silvestre contra mi hermano el diácono Pedro, haciendo creer á aquel que mi hermano habia causado la muerte de su padre con maleficios.

(1) Isaiás, cap. 5, versículo 8.

(2) Papiro del Egipto, gran artículo de comercio.

(3) En cuya silla sucedió en 536 á su padre, San Gregorio. Armentaria, la madre del historiador Gregorio, fué nieta de San Gregorio, á cuyo lado está sepultado Tétrico en la iglesia de San Juan, en Dijon. La Iglesia celebra la memoria de San Tétrico el 18 de marzo.

(4) Segun los Bolandistas, hijo del célebre Ausberto, hermano de Arnulfo, obispo de Metz. Fué elegido sucesor de Tétrico el 18 de marzo.

(5) Este obispado de Arisito existió poco tiempo y se supone que estaba situado en la comarca montuosa entre Milhau y Lodève; hoy se llama *El Asart*.

»Jóven y excitable como era, el hijo de Silvestre se puso furioso é increpó á mi hermano públicamente como asesino de su padre. Entonces mi hermano marchó á Lyon, donde ante el santo obispo Nicecio, tío de mi madre (6), el obispo Siagrio (7) y otros grandes dignatarios de la Iglesia y seculares, juró que ninguna parte habia tenido en la muerte de Silvestre, quedando así limpio de toda sospecha. Dos años despues se encontró en la calle con el hijo de Silvestre, excitado siempre por Lampadio, y el jóven le hirió mortalmente con su venablo. Mi hermano fué levantado cadáver, llevado al castillo de Dijon y sepultado al lado de San Gregorio, nuestro bisabuelo (en la actual iglesia parroquial de San Juan). El asesino huyó á los dominios de Chilperico, y el rey Gontran confiscó sus bienes (8). Despues anduvo errante de una parte á otra sin creerse seguro en ninguna, mató un dia con su espada hallándose así de viaje á un hombre enteramente inofensivo, y tengo para mí que fué por efecto de la sangre inocente de mi hermano derramada, que clamaba venganza á Dios. Los parientes de la víctima acudieron furiosos, desenvainaron sus espadas, acuchillaron al asesino y dispersaron sus miembros. Este fué el fin del miserable, porque la justicia de Dios no quiso que viviera por mas tiempo con el peso del crimen de haber muerto á mi inocente hermano, y esto pasó en el tercer año despues de haber consumado el asesinato.»

Aquí tenemos otro caso de la idea singular que en aquella época de milagros prevalecia respecto de la moral y de la justicia divina, que para vengar un crimen y castigar á un homicida le hace cometer otro homicidio en una persona completamente inocente y ajena á la primera víctima y á su asesino.

»Muerto Silvestre, pidieron los de Langres otro obispo y recibieron á Pápulo, que habia sido arcediano de Autun. Este cometió, segun se asegura, muchas injusticias, que no quiero referir para que no se diga que trato de rebajar á mis colegas.»

De esta última expresion de Gregorio conviene tomar acta, porque nos hace suponer que en sus escritos omite muchas iniquidades de sus colegas, los obispos, y que el cuadro que nos presenta de la Iglesia de su época, léjos de ser exagerado, es mas bien lisonjero, porque si se ve precisado á referir maldades del clero, lo hace visiblemente con gran repugnancia, y mas tratándose de prelados que como Pápulo no eran germanos; pero continúa respecto de éste:

«Sin embargo, no puedo pasar por alto el fin que tuvo. En el octavo año de su obispado sucedió que visitando las parroquias y haciendas de su diócesis se le apareció una noche en sueños San Tétrico, que con ademan enojado le dijo: «¿Qué haces tú aquí? ¿Por qué manchas mi silla? ¿Por qué robas mis iglesias y extravías así á mis ovejas? ¡Apártate de aquí; deja esta silla; márchate léjos de esta comarca!» y diciendo esto le pegó un golpe recio en el pecho con una varita que tenia en la mano. Despertó el dormido, y mientras reflexionaba sobre lo que acababa de soñar, sintió una horrible punzada donde habia soñado que recibia el golpe, y sufrió gran dolor, que no cesó; ya no tomé mas alimento viendo cerca su fin, y efectivamente, murió al tercer dia de un derrame de sangre. Su cadáver fué llevado á Langres y sepultado allí.

»Entró en su puesto el abad Múmol, llamado *el Bueno*

(6) Porque la madre de Gregorio de Tours era hija de una hermana de San Nicecio.

(7) Obispo de Autun, que recibió del papa Gregorio Magno el palio y la presidencia en las asambleas.

(8) Como tráfuga de sus dominios, mas bien que por el asesinato cometido.

y á quien muchos ensalzan en gran manera como casto, sobrio, pronto para el bien, amante de la justicia y caritativo en todas las ocasiones. Viendo que Lampadio habia reunido campos, viñas y esclavos (1), defraudando los fondos de la iglesia, lo cual era robar á los pobres, tomóle cuanto poseía y le desterró de su presencia, y ahora vive este Lampadio en la mayor pobreza ganándose la vida con su trabajo manual.»

El ensueño, la muerte de Pápulo y el castigo de Lampadio son para Gregorio también actos milagrosos de la justicia divina, pero no vemos que le llame la atencion que esta justicia no alcanza á personas malvadas, como la reina Fredegunda.

«En el primer año del reinado de Childeberto II, — sigue diciendo Gregorio, — se efectuaron muchos milagros junto al sepulcro de San Martin, que tengo referidos (en los *Cuatro libros de los milagros de San Martin*). Por rústico que sea mi discurso, no he querido ocultar lo que he visto yo mismo, ó lo que me han referido personas de crédito. Aquí quiero hacer ver solamente lo que sucedió á los imprudentes que primero buscaron la virtud milagrosa celestial y despues remedios terrenales, porque el poder milagroso de los santos se manifiesta en la curacion de las enfermedades como en el castigo de los ilusos.

»Leonasto, el arcediano de Bourges, perdió la vista á consecuencia de una catarata, y habiendo consultado á muchos médicos sin poder recuperar la vista, buscó remedio en la basílica de San Martin, donde pasó dos ó tres meses orando y ayunando. Al llegar la festividad (2) principió á ver algo, pero habiendo regresado á su casa llamó á un judío (3) que le aplicó ventosas en los hombros, para mejorar la vista, y Leonasto, despues de haber perdido sangre, recayó en la ceguera. Entonces volvió á la santa casa, donde pasó otra vez mucho tiempo sin recuperar la vista, y yo opino que no la recobró por su pecado, por lo que dijo el Señor: «Al que tiene se le dará para que tenga mucho, y al que no tiene, aun aquello que tiene le será quitado; y anda, has sanado; ahora no peques mas, á fin de que no te pase algo peor (4).» El caso es que habria quedado curado si despues del milagro divino no hubiese llamado al judío, porque esto es lo que prohíbe y vitupera el apóstol cuando dice: «No tireis uncidos al yugo extraño con los incrédulos; porque ¿qué tiene de comun la justicia con la injusticia? ¿qué la luz con las tinieblas? ¿Cómo concuerda Cristo con Belial? ¿qué participacion tiene el creyente con el descreído? ¿Qué comparacion tiene el templo de Dios con el de los ídolos? Vosotros sois el templo de Dios vivo; por eso apartaos de ellos y separaos, dice el Señor (5).» Este caso ha de enseñar á todo cristiano que despues de haber sido juzgado digno de la medicina celestial, no debe ya ir á buscar la ciencia terrena.»

Esto viene á decir evidentemente que San Martin es un médico, cuando no vengativo, por lo menos, enemigo de competencia, y que el mismo Dios se pone de su parte.

Gregorio de Tours no fué fanático, pero despreciaba y odiaba á los arrianos y mas todavía á los judíos. El caso referido prueba que en aquel tiempo el mismo clero no rehúá el trato con los judíos, lo cual reprobaba Gregorio, y si Leonasto se hubiese valido de un médico cristiano no habria acaso Gregorio encontrado nada que decir. Respecto de las citas de la Biblia, solo se recurría á ellas cuando se adaptaban al caso.

(1) Para el cultivo de sus tierras.

(2) Probablemente la del santo.

(3) Los judíos se entregaban ya entonces á estudios médicos.

(4) San Mateo, cap. 13, versículo 12, y San Juan, cap. 5, versículo 14.

(5) Carta segunda á los Corintios, 6, versículos 14-17.

«Aquel año dejó este mundo el sacerdote bendito del Señor, Senoc, que vivió cerca de Tours. Hijo de padres taifales habíase hecho clérigo en el obispado de Tours y retirado á una celda que él mismo se habia arreglado entre muros viejos, donde reunió algunos monjes, restauró un antiguo oratorio, destruido hacia tiempo, y sanó muchos enfermos con milagros que hemos descrito en su biografía (6).

»En aquel tiempo (en el año 576) pasó también á mejor vida San German, obispo de Paris, y un milagro que se verificó en su entierro confirmó la virtud de que habia dado pruebas durante su vida. El caso fué que al pasar la comitiva fúnebre por delante de la cárcel los presos invocaron la intervencion del santo, y de repente se aumentó tanto el peso del cadáver que los que le llevaban no pudieron con él hasta que fueron puestos en libertad aquellos presos y acompañaron al cadáver voluntariamente hasta la basílica (7). Los creyentes experimentan muchos milagros debidos á la virtud del santo, de suerte que todos los que piden alguna cosa justa ven pronto cumplidos sus deseos. Los que quieran enterarse de los milagros que hizo en vida que lean el libro que Venancio Fortunato escribió sobre su vida, en el cual se encontrará todo (8).

»En el mismo año murió también el cenobita Calupa. Este habia vivido desde su niñez como religioso y admitido que fué en el monasterio de Meallat (Meliteux) (9), en la Auvernia, se condujo con gran humildad, conforme hemos referido en el libro sobre su vida (10).

»En el término de Bourges vivia un cenobita llamado Patroclo, ordenado sacerdote, persona de gran santidad, devocion y abstinencia, que sufrió mucho á consecuencia de sus ayunos. No bebía ni vino, ni sidra, ni nada que embriagase; su única bebida era agua dulcificada con un poco de miel. Tampoco comía ni carne ni legumbres, sino únicamente pan remojado con agua con un poco de sal. Nunca cerró sus ojos el sueño, porque siempre oraba, y cuando dejaba de orar un poco leía ó escribía. A los que padecian tercianas ó fuego de San Anton, ú otras enfermedades, alivió frecuentemente con sus oraciones y también hizo otros milagros. Nunca dejó el cilicio. Murió á los 80 años. También hemos descrito su vida.

»Como Dios ensalza siempre á sus sacerdotes, quiero referir aquí lo que sucedió en este mismo año con los judíos en Clermont. (Para Gregorio, hombre sincero y naturalmente modesto, gira la historia del mundo sobre la intervencion de Dios, con los milagros consigüentes, y la demostracion de esto es para él la mision principal del historiador.)

»A pesar de las frecuentes amonestaciones del santo obispo Avito para que los judíos rasgasen el velo de la ley de Moisés, entendiesen espiritualmente y con la inteligencia iluminada lo que leen, y viesen en la Sagrada Escritura á Cristo, Hijo de Dios vivo, anunciado por los profetas y la Ley, no solamente continuaba delante de su corazón aquel velo que habia cubierto también la faz de Moisés, sino que se convirtió en un muro. Cuando el obispo rezó la oracion pública (11) para la conversion de los judíos y para que se rasgara el velo de la letra muerta que cubria sus inteligencias, uno de ellos solicitó el bautismo, y vestido de blanco colocóse entre los

(6) *Vida de los Padres*, cap. 15. — El sitio donde vivió se llama todavía hoy Saint-Sinou.

(7) De la Santa Cruz: San Sinfiriano y Saint-Germain-des-Prés, llamada despues de San Vicente. — Ruinart.

(8) Publicado en las *V. F. opera*, Roma, 1787, por Luchi. La edicion de Berlin, en los *Monumenta Germ.*, 1881, solo contiene sus poesias.

(9) Ya no existe; ocupa hoy su lugar la aldea de Cantal, en el canton y distrito de Mauriac.

(10) *Vida de los Padres*.

(11) El Viernes Santo.